

¿ CUANTO VALES, OFELIA ?

Por José Argueta G.
Facultad de Filosofía y Letras

(carta de relación para una enamorada que esperó en vano)

Muchos saludos Marta:

Te escribo, esperando que te encuentres bien tú y tu familia, y además para que te enteres de cómo sucedieron las cosas y para que no te cuenten. Es una verdadera lástima que se haya arruinado el matrimonio entre tú y mi hermano. Hacían una excelente pareja, en verdad. Y tanto que lo deseaban los compadres, nuestros padres. Es una verdadera lástima.

Jacinto había arraigado, de tal manera en aquel lugar, que le resultó imposible el dejar de frecuentarlo. Fue inútil todo cuanto se esforzó, ya que regresó finalmente. “La casa de la doña”, el cabaret de doña Porfis, era el único sitio donde no le asediaban las frustraciones, la única parte donde no lamentaba todo su pasado; allí encontraba alegría por unas cuantas horas. El juego de luces de colores opacos y desteñidos por el humo de los cigarrillos, rebotando en los rostros morenos de las personas, en el filo de las mesas y en el caos de las botellas, lo tenía fascinado. De manera particular lo atraía el patio de lozas rojas desgastadas por el tiempo, y el naranjo viejo en el centro del patio, en la parte vital de la casona colonial. El naranjo perfumaba las noches cálidas, mezclaba y oponía su olor dulce y nostálgico a las oleadas de olores agrios y podridos provenientes de las palmeras y los cañaverales; recuerdo que él me lo dijo así, pero en tiempo presente. Todos los días eran días de fiesta en la zona.

Jacinto jamás olvidará ya, la hora, ni los objetos, ni cada detalle del momento preciso en que se topó con Ofelia al franquear la cortina de chaquiras azul, en el momento preciso en que la orquesta se reventaba un estruendoso mambo. Tal vez ella era el único motivo que lo ofuscaba y lo obligaba a permanecer allí.

Se hizo costumbre en ella, todos los sábados de quincena a las siete de la noche, salir a esperar la llegada del automóvil de mi hermano Jacinto, y verlo bambolearse y caminar con lentitud por entre los baches. Lo esperaba sentada en una banca de la fonda que se halla en la esquina de la calle principal. Para las demás mujeres, Ofelia ya no era la misma desde la llegada de él a esos lugares; esto lo supe por algunas de sus compañeras, el día en que fui en busca de los pasos de mi hermano. —Fue una perrada lo que hizo la “Ofis”. Que no regrese, porque Alfonso, lueguito la mata. En fin. Yo creo que hay un tiempo para quedarse y otro para largarse. Nuestro tiempo, mi tiempo, no ha llegado y tal vez llegue demasiado tarde. La “Ofis” sí que supo cuándo largarse—, esto fue lo que me dijo alguna de las que fueron sus compañeras. No sé exactamente lo que quiso decir.

Alguna vez, le oí decir a Jacinto, que le parecía absurdo y fuera de toda lógica, que

una mujer de la clase de "Ofis", estuviese enamorada de él. Es absurdo e ilógico, ¿verdad Marta? Conocí a Ofelia el día en que mi hermano la trajo a esta casa (Qué estupidez, ¿verdad Marta?); me recordó a la heroína clásica de las cintas de Chaplin (sería porque estaba muy influenciado por esas películas). Pero, la sola idea de que él estuviese enamorado de una profesional como ella, le sublevaba.

—“¡Lárgate y atiende a tu clientela! Esta vez quiero que me dejes tomar, solo” —Le gritó una primera vez, posiblemente aquel día en que abandonó el empleo definitivamente. Fue el día en que cambió su vida en forma radical, el día en que en él cambió todo de golpe, el día en que renació su deseo de vivir. La vio desaparecer, entre las cortinas, escupir en el centro de la pista, allí donde un grupo de gentes saboreaba el ritmo de una cumbia tropical. Bebió su cuba libre, más asqueante que la anterior y chupó varias veces su cigarro para amortiguar el sabor. Debió haber bebido mucho, durante dos o tres horas, cuando lo mandaron llamar.

“Cómo se le ocurrió llamarme, así de repente, vieja jija; seguramente me va a pedir dinero para dejarme en paz.” Pensó, “tal vez se tambaleó sobre algún escalón de la desventajada escalera apolillada”. Ascendió forzando sus ojos, estragados por la lectura. El foco verde de quince watts, que pendía de una viga panda, acentuaba en la mente de Jacinto, la sensación de estar viviendo una pesadilla. Las duelas rechinaron bajo sus pies vacilantes y sin fuerza. Deseaba dormir, que lo dejaran dormir a placer. El alcohol le hormigueaba en las mejillas, se dio cuenta de eso, cuando se encontraba frente a la puerta entreabierta del cuarto de la vieja porfiriana, apuró hasta el límite del cigarrillo y lanzó la última bocanada de humo pesado, después de haberlo conservado sosteniendo la respiración. Debió estar trastornado de sus facultades mentales. Franqueó el umbral y se encontró ante una habitación, no muy grande, embalsamada, y a la vieja, sentada y adusta, tan irreal como si fuese la presencia de una persona muerta muchos años atrás.

—Aquí está ya —dijo doña Porfis, sin dirigirse a nadie en particular—, acérquese don Jacinto —ordenó con condescendencia la vieja, uno o dos segundos después de que fue descubierta, sentada en su viejo sillón y con el mismo vestido de siempre (un luto desgastado, descolorido) y con el cual asistió a la solemne apertura de la zona; su comedimiento era poco usual y del todo sospechoso en ella—, aquí mi socio te va a proponer un negocio. Te va a convenir, muchacho.

Jacinto se vio obligado a apoyarse contra el marco de la puerta, sintiendo que en cualquier momento podría vencerlo un vómito violento, previendo también la posibilidad de no controlarse e irse contra los muebles. Buscó la cajetilla de los cigarros en las bolsas de su saco, después hurgó, sin éxito, las bolsas de su pantalón buscando los cerillos “Talismán”. Una mano delgada, blanca y finísima apareció bajo sus ojos y próxima a su mentón, sosteniendo una llama amarillenta, casi mágica. Era doña Porfis. Jacinto tuvo la certeza, de que el comedimiento de la vieja clasista no era normal. Fumó. Aspiró hondamente, en un afán inútil por acallar los eructos calientes de licor.

—Pues mira, carnal. Yo creo que tienes mucho seso. La muchacha no tiene ningún pero. Te la ofrezco porque eres cliente. Estoy seguro de que eres cumplidor. Yo. —Alguien hablaba desde el otro lado de la puerta del mingitorio; la voz aparecía lejana. Provenía de un hombre que cagaba a base de grandes esfuerzos, sin duda. Un silencio corto, después, el ruido de la taza que desalojaba, retumbando por todo el ambiente del cuarto, produciendo un silencio respetuoso; después el grifo del lavabo. Apareció el hombre, abrochándose la bragueta. La mirada de Jacinto quedó fija en el hombre del traje gris. Lo conocía, era el mismo que presidía la sesión de cada noche en el cabaret, y que ocupaba, por lo general, alguna de las mesas principales. Lo recordaba sin mayor esfuerzo, tal vez porque le profesó una envidia callada por el maravilloso ritmo costeño que exhibía en la pista de baile. Lo recordaba por su petulancia de auténtico padrote. Lo tenía frente a él y a un lado de la vieja. Descubrió, sin saber cómo, la simbiosis secreta que unía a esas dos personas; tuvo la seguridad, el uno no podría subsistir sin el otro. El hombre jugueteaba con su sombrero de fieltro pasado de moda.

Jacinto paseó la mirada de la vieja octogenaria al hombre del traje gris impecable; por

los muebles descoloridos y afrancesados; por unas fotografías primitivas, graves y borrosas; por cada rincón donde el tiempo se había refugiado inútilmente y adonde tendría que sucumbir, por necesidad; por un gato blanco, adormilado y demasiado viejo para estar aún viviendo; se detuvo a contemplar con estupidez los zapatos (de Ofelia), las pantorrillas (de Ofelia), las rodillas (de Ofelia), la cintura (de Ofelia), el vestido azul bañado en rosas de terciopelo desgastado (de Ofelia), el cuello (de Ofelia), el rostro suave y delgado (de Ofelia), el cabello castaño y recortado (de Ofelia), los ojos inexpresivos (Ofelia lo miraba). Estaba seguro: alguien se divertía a su costa. Chupó con fuerza el cigarro. No comprendía.

—Mira, vamos al grano. Soy franco, ya no la aguanto y prefiero que alguien me dé unos centavitos por ella. Yo soy muy impulsivo y la hubiera matado junto con un entrometido que vino de por ahí. Si no hubiese sido por mi socia, ya estarían muertos; ella siempre vela por mis intereses. Sabes, un tipo me ofreció un buen fajo de billetes. Ahí tú dices. ¿Quieres a la “Ofis”? La tomas o la dejas.

—¡Sí, hombre; ¡te vendo a la “Ofis”! ¿Qué dices? . . . Recalcó el hombre, hablando con tranquilidad aparente.

Se dio cuenta de que no era broma, cuando el hombre le apretó con fuerza la mano en el saludo, cuando lo abrazó y le palmoteó la espalda. Se maldijo. Pagaría porque tenía que pagar. Tipos como ése no toleran engaños en los negocios. Lo sabía.

Salió y bajó. En el salón se había hecho el silencio. Tres mujeres rodeaban a un hombre que se desbocaba en palabras balbucientes. Jacinto preparó una cuba libre cargadísima. Se la bebió aguantando la respiración. No supo quién lo jaloneaba. Trastabilló por entre las mesas vacías hasta caer en la orilla de la pista y a los pies de alguien que lo esquivó. No lo imaginó, escuchó unas carcajadas cargadas de burla y hostilidad. Vomitó todo lo que pudo arrojar, en la oscuridad y bajó la escalera. Oyó sobre él, las pisadas huecas que descendían: eran ellos.

— ¡Así no puedes manejar, niño! —Chilló la vieja, casi compadecida.

— ¡Cómo carajos no! —Contestó Jacinto que buscaba la salida. El aire tibio de la noche azotó sus cuerpos. La piel absorbía la humedad que resumaba del verano. Jacinto subió al auto y abrió la puerta contraria. Quedó recostado sobre el asiento y deseando con fervor que lo dejaran dormir, hasta que el hombre del traje gris lo obligó a incorporarse y a tomar el volante. Mi hermano ejecutaba genialmente su mejor actuación cómica. Jacinto tuvo la corazonada más inspirada, pero le falló en su totalidad: Ofelia no rompió en llanto, ni en gritos de rabia, ni les escupió la cara. El hombre asomó el rostro delgado frente a Jacinto y al otro lado del parabrisas empañado por el rocío de la madrugada, hizo una mueca o una sonrisa, con la cual sellaba su pacto (el hombre asomó su tristeza colmada de incertidumbre al otro lado del parabrisas empañado por el rocío de la madrugada).

—Suéltale mucha lana; dale lo que pida; ténla contenta de todo a todo. Pero sobre todo mucha lana, mucha lana y seguro que te dura para toda la vida. Su advertencia estaba herida sin saber por qué.

Retumbó el ronroneo del motor en el rostro del hombre del traje gris y en la caja torácica de la vieja.

—No sé qué tiene la noche que. . . Alcanzaron a oír Jacinto y Ofelia, del hombre que apoyó su brazo en los hombros de la vieja para echar a caminar rumbo a la casona, donde una marquesina sin luz gritaba: “Aquí es la casa de la doña”.

Es posible que Ofelia hubiera estado conmovida. A lo lejos y por las ondulaciones de la carretera, asomando en las faldas de los montes, en los valles y por entre los ramajes de los árboles y sobre la cresta de los cañaverales maduros, reverberaban pares de lucecillas insesibles, Ofelia las veía aproximarse y pasar, dejando un zumbido acunado y melancólico que se diluía, se desintegraba y desaparecía en algún espacio indefinible del asfalto. Atrapaba el pensamiento furtivo de Jacinto, podía asegurarlo: había atrapado el pensamiento huidizo de mi hermano que buscaba penosamente el de ella. Es probable que Ofelia, en ese momento, supiese y tuviese la seguridad de que él, no era del todo diferente a los demás; incluso, podría asegurar que había poca diferencia. Estaban en el corazón de la noche.

—Puedo dejarte donde tú prefieras —murmuró él, invariablemente con la vista fija en las ondulaciones de la carretera, las cuales se le abalanzaban, para quedar atrás y abandonadas cada vez más y más. —No estoy arrepentido —concluyó y miró fugazmente a Ofelia, la cual miraba hacia adelante, apoyando la cabeza en el vidrio de la ventanilla, quizá sin escucharlo.

—No les pagues —murmuró Ofelia, sin mirarlo. Los dedos de Jacinto encendieron el radio. Las frecuencias se iluminaron. La voz suave, impregnada de estática, de una cantante, penetró sin dificultad en ella. Se recostó y apoyó la nuca contra el respaldo del asiento.

—Tengo que pagarles.

—No les pagues. No quiero regresar allá. Cerró los ojos y permaneció así, narcotizada por las canciones, sus pensamientos y por los murmullos de la carretera. Cuando despertó lloviznaba y el auto avanzaba con lentitud. La atonía de sus oídos tronaba cuando ya el día despuntaba por alguna parte.

Es probable que se hayan detenido en alguna parte, tal vez en una ciudad pequeña, o en algún pueblo, para llenar el tanque de la gasolina y comprar alimentos, o también para un reconocimiento mutuo, dicho esto sin malicia. Estoy consciente de que le escribo a una señorita decente. Aunque pensándolo bien, y con tu perdón, también eso es probable. Al filo de la tarde del día domingo entraron a la ciudad. Llovía.

Las llantas giraron hasta dar contra la guarnición. Yo me encontraba platicando con unos amigos, cuando él me llamó y me lo contaron todo, o casi todo, en el interior de su automóvil que olía a perfume barato.

No sé por qué regresó, si tenía que irse por necesidad. Es posible que haya tenido la intención de vivir con ella, aquí, por unos cuantos meses (no lo creo). Quizá regresó a realizar una venganza contra mis padres (tampoco lo creo). Tal vez y es lo más probable, que haya venido a despedirse y a buscar la última imagen de nuestros padres, con el deseo, de que al menos esa última vez, lo comprendiesen.

Pobre de Jacinto y Ofelia. Tendrán que estar realizando mimetismos prodigiosos, a cada rato y en cualquier sitio, para sobrevivir.

Pobres de mis padres, tan cansados y tan torpes. Estaban sentados y esperando la llegada de Jacinto y “ésa” (Ofelia), para sorprenderlos. Se encorvaron y prepararon el gesto más adusto de su repertorio, el de jueces implacables e inmisericordes. Estaban dispuestos a hacer valer su autoridad, una vez más. Esa vez se equivocaron.

Jacinto sacó dos o tres libros bajo el brazo y un elefante con la trompa levantada: era de metal colado y era su amuleto. La lluvia arreciaba. Los relámpagos rajaban el cielo, ahogando y reduciendo al más completo silencio los gritos de mi padre y las lamentaciones de mi madre. Jacinto se aproximó a la que había sido su ventana, lanzó una nubecilla de vapor que se fundió en la falda de la lluvia, posó la palma de su mano derecha sobre la calcomanía de su equipo favorito. Se retiró con lentitud y sin ninguna expresión memorable. Contempló por última vez la calle de toda su vida. Tocó la piel tibia del rostro de Ofelia. Hablaron tres o cuatro minutos, algo así. Finalmente ella le dijo algo y fue entonces cuando mi hermano Jacinto desechó los recuerdos de su pasado, latente, en esa calle. Se despidió de mí (cómo duele perder a un hermano). Entraron al auto. El escape dejó una nubecilla gris que de inmediato desgarró la lluvia tupida.

No sé más de ellos. Es probable que se hayan ido al sur de la República. Hay probabilidades de que estén en el Norte. No me atrevería a asegurarlo, pero es posible que estén en Occidente; o en Oriente: también puede ser. No sé.

Te escribí para informarte de Jacinto, para decirte que no lo esperes. Tú eres bonita, decente, y de buena familia. Te resultará sencillo olvidarlo.

José

